



“De ello os advierte san Pablo cuando dice que quienes están al frente de los demás, darán cuenta a Dios de ellos. No dice que darán cuenta de sus propias almas, sino de las almas de aquellos que están bajo su dirección, y sobre las que deben velar como quien ha de dar cuenta de ellas. Y la verdadera razón de esto es que, si cumplen bien la función de guías y conductores de las almas de quienes les están confiados, cumplirán igualmente bien sus obligaciones para con Dios; y Dios los colmará de tantas gracias, que se santificarán ellos mismos en la medida en que contribuyan todo lo que puedan a la salvación de los demás.

¿Habéis considerado hasta ahora la salvación de vuestros alumnos como asunto propio vuestro, durante todo el tiempo en que estuvieron bajo vuestra guía? Pues tenéis ejercicios que se han establecido para vuestra propia santificación; con todo, si sentís celo ardiente de la salvación de los que estáis encargados de instruir, no dejaréis de hacerlos y de referirlos a esta intención. Haciéndolo así, atraeréis sobre ellos las gracias necesarias para contribuir a su salvación, teniendo la certeza de que, si procedéis de ese modo, Dios mismo se encargará de la vuestra. En lo sucesivo, manteneos en estas disposiciones”.

MR 205,2,2

De La Salle

Reflexión de Lucas Leal - Argentina

Esta meditación para el tiempo de retiro nos recuerda una dimensión importante de nuestro ministerio como educadores: no sólo enseñamos matemática, lengua o ciencias. Enseñamos un modo de mirar la realidad y de construir una vida con sentido y valor. Por eso La Salle, citando a San Pablo, nos invita a tomar conciencia de que nuestra santidad como educadores se juega en la relación pedagógica.

Es, entonces, en el servicio educativo hacia los chicos/as que Dios nos ha confiado, donde encontramos el sentido profundo de nuestro empleo al que entendemos como ministerio. De ellos, del amor que dimos, de nuestra capacidad de “mover sus corazones” es de lo que “se nos pedirá cuentas”.

Por eso cada gesto de acompañamiento genuino, de inspiración, de cuidado y amor en ese ritual de enseñar y aprender es un paso hacia nuestra santidad. Entender que nuestros estudiantes nos constituyen como docentes supone una comprensión de la relación pedagógica que nos propone un modo de vivir nuestro ser educadores: acompañar el crecimiento y el bienestar de nuestros estudiantes, en todas sus dimensiones y no sólo en la “cognitiva”, plenifica nuestra vida, nos hace santos.

¿Tenemos conciencia del compromiso que asumimos como educadores en relación a nuestros/as estudiantes? ¿Asumimos este ministerio y esta misión desde esta perspectiva? ¿Seremos capaces de amar a nuestros estudiantes? Decía Monseñor Casaldáliga:

“Al final del camino me dirán:
—¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres”.

Que en este año de la espiritualidad lasallana nuestro corazón de educadores esté lleno de nombres.